

voluntad de Dios sobre la Familia que gobierna.» Levantaos, le dicen, tomad al Niño y á su Madre y huid para Egipto.» (1) Y después: «Tomad al Niño y á su Madre y volved á la tierra de Israel.» (2) A José es á quien pertenece despertar en medio de la noche á los que están confiados á su custodia, y prepararlos á nombre de Dios á una partida inmediata.

Mas ¿quién podrá comprender con qué santas industrias, con qué respetos, tan suaves sabía Señor San José dulcificar para María y para Jesús el peso de una obediencia *necesaria*, puesto que es conforme al plan de Dios? El Evangelio no ha querido revelarnos todos los misterios de esta unión tan perfecta de las dos criaturas mas santas que haya poseído nuestra tierra. Si los esposos cristianos quieren conocer cómo deben mandar á sus esposas, y cómo en todos sus actos, deben confundirse, sin perjudicarse, el amor y la autoridad, que vayan á Señor San José, y que procuren pedirle incesantemente sus virtudes y su espíritu. El sabrá desde lo alto del cielo, hacer descender á los corazones de sus

(1) Math., II.

(2) Ibid.

clientes algo de las disposiciones admirables que hacían de su matrimonio con María, una de las obras maestras mas bellas del Todopoderoso.

Muy pocos santos se han santificado de una manera notable, en los lazos de la sociedad conyugal. El que se une á una mujer, se expone á dividir su corazón, según lo nota San Pablo, (1) y á tomar sobre los cuidados que debe á Dios, los cuidados que concede á su esposa. Así es que la mayor parte de los santos que la Iglesia presenta á nuestra veneración por una declaración solemne, son sacerdotes, religiosos, obispos, y Sumos Pontífices, que no han conocido en su vida ese peligro de la separación de los afectos, y de la disminución en el amor que debemos á nuestro Dios. Si algunas veces la Santa Iglesia canoniza á los esposos, y nos los presenta como objetos de una imitación respetuosa, comunemente no es *como esposos* como estos santos han brillado con un esplendor mas notable: son canonizados en calidad de confesores, de reyes, de mártires y de fieles defensores de la Iglesia; y el esposo cristiano que busca en el cielo las constelaciones sobrenaturales, el

(1) I. Cor. VII.

astro luminoso cuyos fuegos deben alumbrarle y conducirlo, no sabe casi donde encontrar esta dirección tan necesaria para guiarle en el camino de la virtud.

Mas ¡con qué gran abundancia va á encontrarse llena inmediatamente esta laguna espiritual, si los esposos abrazan con fervor, la devoción al Patriarca Señor San José! Este gran santo no ha anunciado el Evangelio á las naciones infieles como San Pablo: ni como San Pedro, ha sido escogido para gobernar á toda la Iglesia: ni como San Estéban ó San Lorenzo ha sufrido por Jesucristo los tormentos del martirio: ni ha gobernado diócesis ó monasterios, ni convertido á los pecadores por su predicación, ni escrito obras ilustres como otros muchos cuyos nombres están inscritos en los Martirologios de la Iglesia. Señor San José es *Esposo de Maria*: este es su mas hermoso titulo de gloria, después de la Paternidad que ejerce para con Jesucristo Nuestro Señor: y por consiguiente á él es á quien deben dirigirse los esposos cristianos para aprender el gran secreto de poseer á sus esposas *en santificación y en honor*.

Los que son *padres*, encontrarán también

(1) I. Tes., IV.

en Señor San José, el guía que debe conducirlos en el cumplimiento de los deberes que la paternidad les impone.

Muchos hay entre los padres, que piensan tener para con sus hijos un amor santo y verdadero porque sienten los dolores de la ausencia cuando una separación viene á privarlos de sus hijos, ó porque se afligen con extremo cuando la muerte los arrebatara á su ternura. No hay duda que estas señales de su amor son muy laudables: mas sin embargo, antes de mirar su afecto como sin defecto y sin mancha, deberian ver si siempre le acompaña el desinterés; porque hay muchos, desgraciadamente, entre los padres, que se dejan extraviar en parte por unos sentimientos demasiado *humanos*, sin apercibirse bien de esa falta. Estos de quien queremos hablar, parecen algunas veces considerar á sus hijos como un bien, del cual tienen el derecho de *gozar*, y que pueden en cierto modo, hacer servir para su provecho. Quieren sacar alguna *utilidad* para sí mismos, de todas las ventajas que les ofrece la sociedad de estos seres tan queridos á su ternura; y si la voz de Dios viene á llamarlos lejos de sus padres por la vocación religiosa, la mas segura y la mas gloriosa de todas, las lágrimas que esta

separación hace correr, y las resistencias que más de una vez provoca, parecen decir que el padre no estaba exento de miras personales en ese amor que creía tener por sus hijos.

No son estos los ejemplos que la vida de Señor San José ha legado á la admiración y á la imitación de todos los padres. José no pretende sacar de Jesucristo, el Hijo de su Esposa, ninguna ventaja personal que lo realce á los hombres y le conquiste su estimación y sus homenajes. ¿Acaso no sabe que este Niño que estrecha en sus brazos es verdaderamente el Hijo de Dios? ¿Y no podría, si razonase á la manera de los hombres, pensar en adquirirse entre sus conciudadanos una gloria singular, *explotando* á Jesucristo en su provecho, diciendo y publicando que su Esposa ha concebido por la sola operación del Espíritu Santo, al *Deseado de las colinas eternas*, Al que debe cumplir la Ley de Moisés y devolverle á Israel su libertad? Mas José ama á Jesucristo sin ninguna señal de *egoísmo*; y puesto que Jesucristo ha resuelto inmolarse á Dios por el sacrificio de una humildad perseverante, José se guarda bien de turbarle en el cumplimiento de este designio, y de buscar para sí alguna ventaja terrena en la posesión de un Hijo semejante.

Y si se trata de padecer por este amado Hijo la fatiga y el trabajo, ¿creeis que José ahorrará los sufrimientos para prestarle los servicios que su debilidad reclama? ¡Oh, sin duda que nó! El divino Niño lleva por todas partes consigo las primicias de esa Cruz que debe salvar al mundo; y por todas partes hace sentir su duro peso á las espaldas de Señor San José, que se encuentra en una sociedad mas íntima con Jesús. Desde antes de su nacimiento, sumerge el alma de su Padre en las mas crueles incertidumbres. Al venir al mundo en Belén, es en medio de una pobreza total que obliga al buen José á desplegar sin mucho éxito toda la actividad que puede darle su afecto. A poco de nacido, se presenta en el templo; y la voz de Simeón no habla mas que de dolores y de tristezas: muy pronto es menester huir precipitadamente á Egipto; y José debe hacer vivir en esta tierra extranjera á su Esposa y á su Hijo. Luego, de repente, es preciso volver á Judea y establecerse en Nazaret, en medio de los temores que hace nacer la crueldad del sucesor de Horodes; mas el amor de José basta á todo. Este amor le aligera todas sus penas: y no se acuerda ya de su fatiga cuando piensa que trabaja para su Hijo. ¡Qué admirable

lección para los padres que rehusan ocuparse en el provecho de los hijos que el Señor les ha dado!

Muchos hay que por una culpable negligencia, no se ocupan de ninguna manera en poner en actividad ese germen precioso que Dios les ha confiado en el mundo en que quiso hacerlos padres. Saben que el grano de trigo no puede madurar, á menos que no sea fecundado por la acción de todos los agentes materiales que le dan el crecimiento: saben que están encargados por Dios para ejercer en su nombre estas saludables influencias que deben hacer crecer el alma de sus hijos hasta la plenitud perfecta de la vida de Jesucristo. Y sin embargo, por indolencia, por infidelidad, ó por algún otro vicio, dejan enterrados y estériles todos estos tesoros, sin ocuparse en cumplir para con los hijos que Dios les ha dado el sacerdocio de este gobierno tan necesario.

José, por el contrario, no se cansaba de hacer crecer á Jesucristo *en sabiduría y en gracia á los ojos de Dios y de los hombres.* (1) El Evangelio no nos ha dejado sobre toda la

(1) Et Jesus proficiebat sapientia et aetate et gratia, apud Deum et homines. (Luc. II).

vida oculta de Jesucristo mas que una palabra: «Estaba sometido á María y á José: *Erat subditus illis.*» (1) Mas al darnos á conocer la obediencia de Jesucristo para con su Padre, esta palabra basta también para manifestarnos la constante dirección que José ejercía sobre su Hijo, puesto que la obediencia y el mando son dos términos que se llaman por una mutua correspondencia.

Esta es sin duda ninguna, la mas grande felicidad de José y el mas bello florón de su rica corona, el haber sido escogido por el Eterno Padre para ocupar su lugar al lado de Jesús su Hijo único. En José es quien el Divino Niño buscaba, aunque sin ninguna ignorancia, la manifestación de la voluntad de Dios Padre, para conformarse á ella con esa exactitud perfecta que forma al verdadero obediente. José era para Jesús, la expresión corporal y sensible de esa Persona adorable, que sirve como de fundamento á toda la Trinidad. Presenciaba en él la inefable Majestad de Dios, de quien toda paternidad procede, tanto en el cielo como en la tierra; (2) y contemplando la Divinidad misma que se ma-

(1) Ibid.

(2) Ephes. III.

nifestaba por los actos, y por todo el caracter grave y sereno de José, tenía cuidado de rendirle incesantemente el homenaje de una tierna obediencia acompañada de un gran respeto:

¡Qué gracia no necesitaría nuestro glorioso Patriarca para cumplir dignamente unas funciones tan sublimes; para conducir dignamente en los senderos previstos por Dios al mismo Hijo del Eterno; y para saber aceptar sin orgullo, el homenaje de una sumisión tan maravillosa! Preciso era que el Eterno Padre viviese en San José, con una plenitud inexplicable, y se comunicase á su alma, más que á la de cada uno de los otros santos por una participación de su espíritu. Así pues, en este augusto santuario todo lleno de la presencia del Padre celestial, es en donde los padres cristianos deben ir á buscar el *espíritu de paternidad* que les es indispensable para gobernar á su familia.

Muy pocos santos pueden guiarlos en estas funciones que sin embargo, son tan principales, de la *paternidad cristiana*. La mayor parte de los santos se han santificado en la castidad plena y total, mas bien que en los lazos del matrimonio; y no conocemos ninguno á quien la Iglesia haya canonizado principal-

mente á causa de los cuidados inteligentes y piadosos que consagrarse á sus hijos. En José, por el contrario, deben los padres ir á sacar abundantemente, la autoridad, la prudencia, la ternura y todas las demás virtudes de que tanto necesitan, para acabar la formación de aquellos que les deben la existencia. Si los padres permanecen esclavos de sus inclinaciones particulares, no podrán hacer ningún bien en favor de esas tiernas plantas que están llamados á fecundar regándolas con las aguas celestiales. El hombre decaído no posee en sí la fuente de la santidad y de la gracia; y para ser verdaderamente útiles á la familia que gobiernan, deben los padres recurrir sin cesar á la persona de José, á fin de encontrar en él el Espíritu del Padre celestial, el *espíritu de paternidad* de que está lleno.

Debe reflexionarse constantemente en esto: la vocación del padre cristiano, y la vocación de Señor San José respecto al Niño Jesús, son muy semejantes. José es escogido por Dios para dirigir el crecimiento del Santo Niño hasta su plena y perfecta madurez. Los padres no tienen otro destino: pues lo que deben regir y desarrollar principalmente en los hijos que Dios les dá, no es el cuerpo perecedero y carnal; no es ni aún la volun-

tad, la inteligencia y todos los otros dones que constituyen la *humanidad* y nos elevan sobre los seres desprovistos de la razón. Los padres deben formar en sus hijos, y principalmente y ante todo, al hombre sobrenatural de la gracia, ese *Jesucristo*, que cada uno de nosotros ha recibido en lo mas profundo de su corazón, como un germen precioso, destinado á invadir y á divinizar todas las vidas inferiores, de la inteligencia y de los sentidos, de la voluntad y de las pasiones. Que se dirijan pues, á Señor San José para obtener de él alguna participación de su gracia, para conocer mejor con su auxilio, el fin hacia el cual deben tender y para aprender los medios mas á propósito para llevar á buen fin una empresa tan santa.

Señor San José, por las grandes luces que derrama sobre aquellos que le veneran y le ruegan, ilustrará muy felizmente su ignorancia. Así como enseña á los esposos las virtudes que deben practicar en la santa sociedad del matrimonio, del mismo modo sabe instruir á los padres y mostrarles claramente la carrera que deben seguir. Acostumbra presentarles al Niño Jesús creciendo en edad y en sabiduría, como el tipo divino que están llamados á realizar en esos hijos que Dios les

dá: dirige las miradas de los padres, ya sobre el celestial Ejemplar, ya sobre las copias terrenas, á fin de que la incesante comparación del modelo y de sus imágenes, les manifieste las imperfecciones y las faltas que hay que corregir. Finalmente, se sabe también fortificar sus corazones para que no se adormezcan en la indolencia y en los cuidados de esta vida; sino que se ocupen con un santo ardor, en *formar á Jesucristo* en sus hijos. (1)

Repetiremos pues, á los esposos y á los padres lo que Faraón decía á sus pueblos angustiados. Les diremos: «En medio de la penuria universal, en la completa indigencia en que os encontrais respecto al Espíritu de gracia, *Itē ad Joseph*: id á Señor San José para recibir de él lo que os falta, y para cumplir, con su amable asistencia, todos los deberes sagrados que teneis que llenar para con vuestra esposa y vuestros hijos.»

(1) *Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis. (Gal., IV).*